

LO IMPOSIBLE DE ESCRIBIR

Algunas consideraciones sobre la transmisión en psicoanálisis nos llevan a hablar del efecto de verdad que posee la interpretación, donde el analista, también sorprendido por la misma, da cuenta de un saber inconsciente al cual le presta su decir. Es un saber donde las palabras se han combinado sabiamente para producirlo más allá de cualquier autor ya que es condición de la estructura que no haya sujeto que logre comandar el saber inconsciente. Para que haya acto tiene que haber en el enunciado un término que el paciente no sepa lo que quiere decir, un lapsus frente al cual no sabe quien es. Es aquí donde el inconsciente se pone en acto, se actualiza, o se pone en acto el saber de las cadenas significantes reprimidas.

Una de las preocupaciones de J. Lacan, fue tratar de puntualizar la transmisión, para lo cual tuvo que separarse del sentido en tanto la transmisión no es simplemente la comunicación de la experiencia, siempre sometida a las deformaciones que impone el imaginario, sino que se trata de una escritura que presente la congruencia, diríamos lógica entre el campo que se trasmite y la manera en que esta transmisión se realiza.

El saber hacer que todo analista adquiere en su práctica es insuficiente, ya que este es imposible de transmisión. Si este saber hacer pretende ser el contenido absoluto de la transmisión, el fin de análisis apuntaría sin más a la identificación con el psicoanalista, con el que sabe hacer, y esto sería aumentar aún más lo imaginario. Lo imaginario en psicoanálisis no se trasmite sino que por el contrario es el sentido el que debe reducirse para posibilitar la transmisión. Esta es la capacidad que tiene un discurso para presentar su estructura en términos indeformables por el sentido. Tienen que ser hitos indeformables del discurso y están constituidos por letras sin sentido que se han dado en llamar matemáticas del discurso analítico. Son letras que disponen los lugares del acto analítico y presentan de un modo ininteligible su estructura, ya que la experiencia desde el punto de vista de la transmisión sería muda. La práctica por sí misma no despeja la estructura del fenómeno, y a la vez la experiencia sin la estructura de su discurso, no podrá ser interrogada en su aspecto más radical.

El discurso analítico trasmite de qué manera, en un acto regido por la palabra, donde uno le habla al otro, irrumpe la verdad de su sufrimiento. Verdad que tiene cifra de lapsus o sueño y que el acto enfrentará con el saber inconsciente que está sedimentado en la lengua.

“Mi prometida nunca falta a la cita porque cuando falta ya no es mi prometida”, es sólo una manera de introducirnos en el tema, ya que si no acude a la cita “no es”. En cambio el psicoanálisis es justamente un discurso que se caracteriza por confrontar las cadenas significantes, lo simbólico, a un real que no acude a la cita. Se ha aislado un real que ningún símbolo puede reducir, ni inscribir. Este real es la relación sexual. El símbolo no puede escribir la relación sexual, siempre es deficitario. El deseo en psicoanálisis no proviene de lo real del sexo, sino por el contrario, el deseo es la estructura que el significante le impone a lo real del sexo. Es la insistencia mortificante de las cadenas significantes frente a un real imposible de escribir. En lo real está el goce de lo viviente y en el significante está el deseo. El sujeto es producido por la combinatoria significativa, es más, está sostenido por el significante, y esto es porque la vida, ese goce Otro del ser viviente, que está más allá del deseo, le resulta insoportable. Síntomas y fantasmas son los modos del goce con los que el sujeto se protege del goce de la vida. Sólo el significante le da lugar al goce, da el contorno del goce para el sujeto, pero este goce es ya goce fálico, goce que depende del significante, no goce de la vida. Es el significante el que separa el goce fálico del goce de la vida.

Si lo real es imposible, no por ello deja de existir. El sujeto del psicoanálisis, no se reduce a los símbolos puros, habita entre los símbolos pero es aspirado por lo real, es representado por el significante pero es compulsado por la pulsión. No tiene otra salida que estar sujetado a un significante que no lo termina nunca de proteger del sufrimiento de lo real. El significante no inscribe la relación sexual, pero tampoco la extingue.

Esta imposibilidad de escribir la relación sexual, es lo que ha dado lugar a una escritura de matemáticas numéricas. Entonces la escritura para el discurso analítico no es lo que revela un sentido oculto, sino lo que ciñe un agujero. La escritura es el contorno de un agujero y sirve a la transmisión si hace de límite a ese agujero, es decir, si constituye el contorno de una imposibilidad. Por ejemplo, donde no se puede escribir la relación sexual, y no se puede escribir ya que a nivel del inconsciente hay un sólo significante para los dos sexos, el falo, significante único que testimonia el error lógico de la lengua, allí el psicoanálisis presenta un matema, una escritura del fantasma. Donde no puede escribir la relación entre un hombre y una mujer, “xRy”, escribe S barrado por el significante y “a” causa de deseo, fragmento que produce el significante en el cuerpo del Otro. Es decir que si bien no se escribe la relación sexual, sí en cambio se escribe su contingencia. El matema entonces no sólo determina el lugar de la imposibilidad, de lo que no se puede escribir, sino que a la vez, él constituye un producto de esta imposibilidad.

Norma Menassa. *Psicoanalista*
Buenos Aires: 4322 6400

www.editorialgrupocero.com



¿SE PUEDE CAMBIAR LA PERSONALIDAD?

Para dar una noción de lo que es el psicoanálisis, podemos decir que es una ciencia que posee un sistema teórico a través del cual da cuenta del modo de apropiación y transformación de lo que es su objeto de conocimiento: el inconsciente. La manera en la cual podríamos definir lo inconsciente vendría a ser como un lugar donde el sujeto sin saber sabe de ello, lugar desde donde mira sin saber desde donde no sabe.

Cuando decimos hombre o mujer, hablamos de sujetos y desde el psicoanálisis, hablamos de un sujeto, sujeto a sus determinaciones, determinaciones ideológicas, sociales y familiares que lo han formado, que son inconscientes y desde las cuales se sostiene como sujeto del lenguaje. Este sujeto, denominado sujeto psíquico, tiene emociones, conductas en su vida cotidiana, ama, sufre, tiene ideales, tiene ilusiones, este -como dice el Dr. Menassa- es nuestro sujeto. Sujeto que a partir de Freud, transcurre sujetado al pensamiento inconsciente, no sujeto a la conciencia ni a las percepciones ni a la razón, sino sujeto a lo que habla en él, sin él saberlo.

Los denominados efectos psíquicos que el sujeto padece, se desarrollan en el campo de su vida cotidiana. Y si los sentidos, una vez que algo percibimos, pasa a ser huella o recuerdo cuya evocación es ilusoria, definimos que todo aquello que puede ser percibido, sentido o pensado en su aparato perceptivo consciente, es ilusorio. Tal es así, que él no ama a quien dice amar, él no odia a quien dice odiar y él no se inhibe frente a lo que se cree inhibir.

A partir de la teoría del Inconsciente, las cosas vienen a ser otra cosa de lo que son y esto, cuesta comprenderlo cuando se trata de nuestra propia vida.

Son ciertas manifestaciones de los celos, la envidia, el temor lo que hace que un sujeto no comprenda el por qué de sus celos, envidias o temores. Sabe de ellos, lo siente pero desconoce su origen aun creyéndolo saber ya que siempre acontece una segunda vez y una tercera y una cuarta y así podría ser una sucesión infinita, siempre de una misma manifestación.

El niño, cuando nace, nace precoz para poder vivir solo. No posee una coordinación motora suficiente de su sistema nervioso central ni una regulación de su temperatura, de manera que si algo o alguien no hace por el niño, lo que él necesita para vivir, fallecería. Denominamos a este algo o alguien función madre.

Hemos de esperar que la dependencia del niño con esa función, sea como mínimo grande, de manera que dicha función tome la característica de totalidad, ya que para el niño, es absolutamente todo lo que necesita para no morir. Y si lo comparamos en su crecimiento con otros animales, el ser humano siempre adolece de ser tardío en su desarrollo. Ya que en comparación con los terneros o los chimpancés, tiene que permanecer muchos más años al lado de la función materna si es que quiere sobrevivir. Para algunos sujetos, esta necesidad de permanencia junto a la madre, es toda la vida.

El psicoanálisis, se ocupa de este momento fundante para el hombre, que es el pasaje que todo humano tiene que atravesar: el pasaje entre la naturaleza y la cultura, el recorrido de la animalidad a la humanidad.

El inconsciente se funda en este pasaje, pasaje que tiene que realizar para transformarse en niño humano.

Debemos pensar que la relación íntima que el niño tiene con la madre, generará en él una deuda simbólica imposible de saldar, ya que la vida ni con otra vida se puede pagar, es decir, se debe tolerar que la vida nos es dada y algunos sujetos sufren trastornos porque piensan que la deben pagar. Esta relación tan íntima deja huellas tan imborrables, que le acompañarán hasta su muerte, lleva el nombre de deseo inconsciente. Aquella madre mítica todo lo pudo, se anticipaba a la necesidad y calmaba cualquier necesidad. Por lo tanto, dicha experiencia única, queda como huella, queda como deseo inconsciente ya que es imposible de satisfacer, lo cual no elimina su fantasía o deseo de ser satisfecho nuevamente. Podemos decir, que ese deseo, será la causa o el motor que hará que el sujeto siempre sea deseante, en el sentido de un deseo como tal insatisfecho por su imposibilidad de satisfacción y a la vez deseo de ser algún día satisfecho.

Nos podemos imaginar que el niño frente a la madre, o tiene dimensión de su propio cuerpo, ya que su proyección, como si de un espejo se tratara, es la imagen del cuerpo de la madre, por lo tanto, sólo hay unicidad. Solamente, la presencia de otro, hará que el niño llegue a darse cuenta, con la aparición de otra persona, que ya no son uno, sino dos y que la madre, a parte de él, también tiene otros. Es con la aparición de un tercero, que tiene que ver con el padre o con cualquier otra cosa que despista la atención de la madre del niño lo que hará dar cuenta de la dimensión del número tres, tal que para ser dos, tenemos que ser tres. Lo podemos entender como que el niño, no discrimina su cuerpo del cuerpo de la madre hasta que no aparece otro cuerpo. Como nos dice el Doctor Menassa, este otro cuerpo le exige al niño una partición, una separación y para que la relación íntima de unión con la madre siga existiendo, deberá permanecer inconsciente. A este momento de disociación, de partición del yo, se la denomina fase del espejo según Lacan o el Edipo si hablamos de Freud. El Edipo, no es la relación que el niño tiene con la madre o con el padre, ni con la estructura familiar, sino

que es este pasaje dramático, de separación, el cual todo sujeto debe atravesar para pasar de cachorro animal a niño humano.

Miguel Martínez. *Médico Psicoanalista*
Getafe: 91 682 18 95

EXPOSICIONES

CIERRE:

“MENASSA 2002”

16 DE NOVIEMBRE DE 2002

INAUGURACIÓN:

“POR BULERÍAS”

3 DE DICIEMBRE DE 2002

1ª muestra
de los integrantes del Taller de Pintura
Grupo Cero

GRUPO CERO
c/ Duque de Osuna, 4
28015 Madrid

Teléfono: 91 758 19 40

TABLÓN DE ANUNCIOS

EN EL NÚMERO DE DICIEMBRE
APARECERÁN LOS ALUMNOS Y
PROFESORES DE LA PRIMERA
Y SEGUNDA CONVOCATORIA DE
LOS SEMINARIOS
GRATUITOS DE LA ESCUELA
DE PSICOANÁLISIS
GRUPO CERO